



EUROPA ¿CRISIS FINAL?

Algunas Tesis

(22 Mayo del 2010)

Etienne BALIBAR

Traducción: Yaiza Hernández

1. *Éste es sólo el principio de la crisis*

En un solo mes hemos presenciado como el Primer Ministro Papandreou de Grecia anunciaba que su país no podía cumplir con los plazos de pago de su deuda, como se le ofrecía un enorme préstamo de rescate a condición de que implementara unos cortes devastadores en su presupuesto a lo que siguió muy pronto la “rebaja de calificación” de las deudas portuguesas y españolas, una amenaza sobre el valor e incluso la existencia del euro, la creación (bajo fuerte presión de E.E.U.U.) de un fondo de seguridad europeo de €750 billones, la decisión del Banco Central Europeo (en contra de sus reglas) de redimir las deudas soberanas y el anuncio de medidas de austeridad presupuestaria en varios estados miembros. *Es evidente que esto es sólo el principio.* Estos últimos episodios de una crisis que comenzó hace dos años con el colapso del crédito inmobiliario en los E.E.U.U. vaticina otras. Demuestran que existe algo más que un riesgo de colapso financiero provocado por la enorme cantidad de valores podridos que se han acumulado en las últimas décadas mediante la



combinación de préstamos sin garantía y la transformación del intercambio de morosos en productos financieros por parte de los bancos. “*Black Peter*”, la suma total de las deudas irrecuperables está correteando a toda prisa por todas partes, los Estados no consiguen seguirle el paso. Ahora la especulación se dirige hacia las monedas y las deudas públicas. Pero el euro es el eslabón más débil de la cadena, como también lo es Europa. Es difícil dudar de que se acercan consecuencias catastróficas.

2. *La protesta griega: ¡con razón!*

Un efecto primero e inmediato del “remedio” aplicado a la crisis griega fue la protesta furiosa de la población. Se debate si esto ha de entenderse como una negación cobarde de la responsabilidad del pueblo, o como un rechazo normal a un injusto castigo colectivo. Dejando de lado los episodios criminales que interfirieron con ella, me parece que la protesta de los griegos estuvo completamente justificada por lo menos por tres razones diferentes. En primer lugar, hemos presenciado una denuncia completamente absurda de toda la población griega: se culpó al pueblo en su totalidad, de forma indiscriminada, de la corrupción y las mentiras de los políticos (cuyos beneficiarios, como en todos sitios, son esencialmente los ricos que cultivan la evasión de impuestos a gran escala). En segundo lugar, de nuevo (y esta vez seguramente fue demasiado), el gobierno traicionó sus promesas electorales sin ninguna forma de debate democrático. En último lugar, Europa no mostró ninguna solidaridad real hacia



uno de sus estados miembros, sino que impuso las normas coactivas del FMI, que no sirven para proteger a las naciones, sino a los bancos, y prometen una recesión profunda e inacabable. La mayoría de economistas serios están de acuerdo en que esto conducirá, de forma aún más inevitable, a que el Tesoro Griego vuelva a fallar en sus pagos, algo que extenderá la crisis, elevando unos niveles de desempleo ya muy altos, especialmente si las mismas normas se imponen sobre otros países cuyos “calificaciones” en el mercado financiero pueden ser rebajadas en cualquier momento: esto es exactamente lo que el partido “ortodoxo” está pidiendo.

3. *La política que oculta su nombre*

Los griegos fueron las primeras víctimas –pero seguramente no las últimas– de una política de “rescate de la moneda europea” cuyas disposiciones estratégicas (impuestas sobre todo por Alemania) suponen, *en primer lugar y sobre todo*, una restricción general del gasto público (es cierto que el Tratado Constitucional implicaba una norma de máximo déficit presupuestario, pero ésta no fue nunca implementada) *además de* un control (bastante suave) de la especulación y el libre movimiento de los *hedge funds* y los agentes de bolsa, un control ya anunciado tras la crisis de las hipotecas *subprime* y el *crash* real o virtual de los bancos estadounidenses en el año 2008. A esto, los economistas neo-keynesianos añaden otra petición: moverse hacia la creación de un gobierno económico europeo (especialmente mediante la unificación de las políticas fiscales),



posiblemente también armonizando y amplificando las inversiones industriales. A falta de tales medidas, dicen, la moneda europea única resultará insostenible.

Ninguna de estas medidas son puramente *técnicas*, se trata de *medidas políticas* que todos los ciudadanos deberían poder debatir, porque todos ellos se verán afectados por sus resultados. Sin embargo, en la medida en que existe algún tipo de debate, éste resulta profundamente tendencioso ya que sus determinaciones esenciales permanecen ocultas o son pasadas por alto:

– Cualquier política de defender o devaluar una moneda en la coyuntura de una crisis conduce a una alternativa radical: *o bien* somete las decisiones económicas y sociales al poder del mercado financiero (incluidos sus criterios para dar “calificaciones”, que funcionan como profecías que se cumplen a sí mismas, y sus “juicios” pretendidamente absolutos), *o* aumenta la capacidad del Estado (y de forma más general de las instituciones públicas) para limitar la inestabilidad del mercado y dar a los intereses económicos a largo plazo primacía sobre la especulación a corto plazo. *¡No puede hacer las dos cosas a la vez!*

– En su forma actual, bajo la influencia de las formas sociales dominantes, la construcción europea puede haber producido algún grado de armonización institucional y generalizado algunos derechos fundamentales, algo que no es desdeñable, pero en contra de sus supuestos objetivos, no ha producido una evolución convergente de las economías nacionales ni una zona de prosperidad compartida, todo lo



contrario. *Algunos países son dominantes y otros son dominados, en relación a su participación en los mercados, a la concentración del capital fiscal o la dependencia industrial. Puede que las gentes no tengan intereses antagonistas, pero las naciones cada vez los tienen más.*

– Cualquier estrategia “keynesiana” para generar una “confianza” pública en la economía se apoya en tres pilares interdependientes: una moneda estable, un sistema racional de impuestos, pero *también una política social* orientada hacia el pleno empleo y a aumentar el consumo popular para sostener la demanda. *Este tercer aspecto queda sistemáticamente ignorado* en la mayoría de los comentarios actuales, por supuesto *esto no es casualidad.*

4. Las verdaderas tendencias de la globalización.

Todo este debate acerca del sistema monetario europeo (al que, no nos olvidemos, se negaron a unirse algunos importantes países europeos, incluyendo el Reino Unido, Suecia y Polonia) y el futuro de Europa seguirá siendo completamente abstracto a no ser que se relacione con las verdaderas tendencias de la Globalización: precisamente la crisis financiera servirá para acelerar poderosamente estas tendencias a no ser que sean afrontadas de forma política por las gentes a las que afectan y por sus líderes. ¿Cómo podemos resumirlas? *En primer lugar*, estamos presenciando una transición desde una forma de competición internacional a otra: ya no se trata (sobre todo) de una competición entre capitales productivos, sino de



una competición entre territorios nacionales, que utilizan los incentivos fiscales y la presión sobre los salarios para atraer más capital flotante que sus vecinos. Ahora bien, la alternativa entre que Europa funcione como un sistema de solidaridad efectivo entre sus miembros para protegerlos de los “riesgos sistémicos”, o que, (impulsados por los Estados que puntualmente son más poderosos y su opinión pública) simplemente establezca un marco jurídico para promover un mayor grado de competición entre los estados y sus ciudadanos, determinará el futuro político, social y cultural de Europa. Pero existe *una segunda tendencia*: una *transformación de la división internacional del trabajo*, que desestabiliza radicalmente la distribución del empleo en el mundo. Se trata de una nueva estructura global en la que el Norte y el Sur, el Este y el Oeste están intercambiando sus sitios. Para Europa, o para la mayoría de Europa, significará automáticamente un aumento brutal de las desigualdades: el colapso de las clases medias, la disminución de los trabajos cualificados, el desplazamiento de las industrias productivas “volátiles”, la regresión del estado del bienestar y los derechos sociales, la destrucción de las industrias culturales y de los servicios públicos en general. Esta es la razón por la que las resistencias a la integración política supranacional que creen proteger la soberanía de los Estados, no servirán, de hecho, más que para debilitar las defensas de cada nación. También servirán para precipitar los conflictos étnicos que la construcción europea quiso dejar atrás para siempre. Sin embargo, también es evidente que una mayor integración política de Europa no se puede generar “desde arriba”, por



una decisión burocrática. Requiere una participación democrática y avances en cada país y en el continente en sí.

5. *El populismo: ¿un peligro o un recurso?*

Así pues, no podemos dejar de formular la pregunta: ¿es éste el principio del fin para la Unión Europea, una construcción que comenzó hace cincuenta años basándose en una antigua utopía, pero que hoy resulta ser incapaz de cumplir su promesa? *La respuesta, desafortunadamente es sí:* antes o después, este será inevitablemente el final y, seguramente, vendrá acompañado de alguna revuelta violenta. Europa es un proyecto político muerto *a no ser que encuentre la manera de comenzar otra vez sobre un fundamento radicalmente nuevo.* Pero romper la U.E. serviría para abandonar a sus gentes todavía más a los peligros de la globalización. Serían poco más que cadáveres flotando en la corriente de un río... Por otro lado, una nueva fundación de Europa no garantiza ningún éxito, pero por lo menos le daría la oportunidad de ganar algo de impulso geopolítico, por su propio beneficio y por el beneficio de otros. Con una condición, sin embargo: que todos los desafíos que implica la idea de una forma original de federación post-nacional sean afrontados de forma seria y valiente. Y estos desafíos son enormes: establecer *una autoridad pública común*, que no es ni un Estado ni un simple órgano de “gobierno” de políticos y expertos; asegurar una verdadera *igualdad entre las naciones*, que sirva para enfrentarse a los nacionalismos reaccionarios, ya sea del lado de los “fuertes” o del lado de los



“débiles”; y, sobre todo, *revivir la democracia* en el espacio europeo, resistiendo así el actual proceso de “des-democratización” o “estatismo sin Estado” producido por el neoliberalismo y la colonización de sus administraciones por la casta burocrática, que es también responsable en gran medida de la corrupción en los mercados públicos.

Hay algo que resulta evidente y que debería haberse reconocido hace tiempo: no habrá ningún progreso hacia el federalismo en Europa (del tipo que hoy apoyan algunos, con razón) *si la democracia en sí no avanza más allá de su forma actual*, permitiendo una influencia cada vez mayor de las gentes en las instituciones supranacionales. ¿Quiere esto decir que para poder invertir el curso de la historia reciente, para sacudirnos el letargo de una construcción política decadente, necesitamos algo así como *un populismo europeo*, un movimiento simultáneo o una insurrección pacífica de las masas populares que expresarán su rabia como víctimas de la crisis contra sus autores y beneficiarios, exigiendo un control “desde abajo” sobre los negocios secretos y los tratos ocultos que se establecen entre mercados, bancos y Estados? Si, por supuesto. De hecho, no hay otro nombre con el que nos podamos referir a ese devenir político de la gente. Estoy de acuerdo en que esto puede conducirnos a otras catástrofes, razón por la que necesitamos unas normas constitucionales fuertes que sean observadas y, sobre todo, unas fuerzas políticas que emerjan de nuevo en el escenario europeo y que introduzcan una cultura de ideales e imaginarios democráticos en este populismo “post-nacional”. Pero el riesgo es mayor si el nacionalismo prevalece en la forma que sea.



6. *¿La izquierda europea? ¿Dónde está?*

En esta parte del mundo, estas fuerzas se llamaban tradicionalmente “la izquierda”. Pero la izquierda europea está ahora en la bancarrota, nacional e internacionalmente. En el espacio político más amplio, que traspasa las fronteras y que es el que hoy resulta relevante, ha perdido cualquier capacidad de expresar luchas sociales o de impulsar movimientos emancipadores. Se ha rendido a los dogmas y la racionalidad del neoliberalismo. Como consecuencia, se ha desintegrado ideológicamente. Exenta de cualquier apoyo popular fuerte, los partidos que la representan de forma nominal son ahora espectadores y comentaristas de la crisis, sin ningún poder sobre ella, y para la que no ofrecen ninguna respuesta específica ni colectiva. *Han permanecido pasivos* después del *shock* financiero del 2008, *han seguido pasivos* cuando las recetas del FMI fueron impuestas sobre Grecia (recetas que en otros tiempos y en otros continentes habían criticado vigorosamente), y *pasivos de nuevo* cuando se propuso “rescatar al euro” a costa de los sueldos de los trabajadores y los consumidores ordinarios. Y resultaron ser *incapaces de lanzar un debate público* sobre la posibilidad y los medios de una Europa de la solidaridad...

Ahora bien, podemos preguntarnos, en estas condiciones ¿qué va a pasar cuando la crisis entre en sus próximas fases? Cuando las *políticas nacionales*, cada vez más represivas, pierdan sus contenidos *sociales*, o las coartadas sociales que les quedan? Es casi seguro que



habrán movimientos de protesta, pero se encontrarán aislados, posiblemente se desvíen hacia la violencia o recuperen el racismo y la xenofobia (que siempre nos rodean). Al final servirán para producir más impotencia, más desesperación. Esto es trágico, ya que la derecha capitalista y nacionalista, que está ahora en la ofensiva, también está dividida estratégicamente: esto se hizo evidente cuando se planteó detener el déficit público en oposición a las políticas de inversión, y se hará aún más patente cuando sea la propia existencia de las instituciones europeas comunes la que esté en juego (la evolución británica es un buen síntoma de lo que se nos viene encima). Aquí hubo una buena oportunidad a la que aferrarse, cosas fuertes que decir. Pero la cuestión también concierne a los intelectuales: *qué debería y podría constituir una acción política elaborada contra la crisis* a nivel europeo, que caminara a dos patas (administración económica y política social), que eliminara la corrupción y que redujera la desigualdad que la promueve, que reestructurara las deudas y definiera objetivos comunes para legitimar la transferencia de recursos fiscales entre naciones mutuamente interdependientes? La tarea de los intelectuales progresistas, ya se entiendan a sí mismos como reformistas o revolucionarios, será la de debatir sobre este tema y asumir ciertos riesgos. Si no la cumplen, no podrán ser excusados.

Etienne BALIBAR

Traducción: *Yaiza Hernández*